

***E-INNOVA GEOGRÁFICA:  
EMOCIONES EN EL CAMINO***



*María José Berna Sánchez*  
*Alumna Grado en Pedagogía*  
*Universidad Complutense Madrid*  
[mberna@ucm.es](mailto:mberna@ucm.es)

Cuando me preguntan qué ha significado para mí hacer sola el Camino de Santiago, siempre respondo lo mismo: “es algo que no se puede describir ni en una palabra ni en dos”.

La primera emoción que sentí fue miedo. Cogí un autobús dirección a una ciudad que no había visitado nunca: Pamplona, y desde ahí cogí otro hacia Roncesvalles, donde comienzan los sueños.

Recuerdo perfectamente el momento en el que bajé del bus y me dirigí al albergue. El miedo se apoderaba de mí. Me preguntaba constantemente si merecería la pena, si hubiera estado mejor en mi casa...en fin, todo aquello que te preguntas cuando estás saliendo de tu zona de confort.

Tras el primer sello en mi credencial, subí a la segunda planta, donde se encontraba la estancia con la litera en la que tenía que dormir.

Nunca se me va a olvidar el momento en el que estaba dentro del saco de dormir, en una especie de habitación con tres mexicanos. Creo que es el momento en el que más miedo he pasado. Sentía que no tenía la necesidad de hacer eso, que no me iba a aportar nada nuevo a mi vida y que iba a ser un sufrimiento constante. Todo ello sumado a los miedos que ya traía de casa.

Al día siguiente me levanté a las cinco de la mañana y ya pude sentir en mí otra emoción diferente: ilusión. Cogí la mochila, los bastones y el chubasquero y empecé a andar. O, mejor dicho, a seguir a la gente, porque no tenía ni idea hacía donde tenía que ir.

La primera etapa fueron unos 22km, todos ellos bajo la lluvia y detrás de un hombre que parecía entender del tema. No entablamos conversación durante toda la etapa, hasta que entramos en el pueblo donde acababa esta, donde se giró y me dijo: “Llevas muy buen ritmo, ¿a qué albergue vas?”. Podría decirse que esta fue la primera vez que intercambiaba palabras con otro peregrino.



En la etapa del día siguiente llegamos a Pamplona, y empezaron a aparecer los primeros dolores, que se repartían por todo el cuerpo.

En el albergue conocí a Lee, un chico que venía de Hong Kong. Sin duda, me impresionó que alguien de un lugar tan lejano pudiese conocer el Camino.



En la tercera etapa acabé en Puente la Reina; un pueblo con mucho encanto que poseía un puente muy característico. Aquí conocí a las tres personas que cambiaron mi camino.

Por un lado, conocí a Cristóbal y Miguel. Ambos venían solos, pero el Camino les había hecho amigos. Desde el primer momento que empezamos a hablar, me trataron como a una nieta. Me contaron su vida y yo la mía, dimos un paseo por el pueblo, incluso se ofrecieron a darme un masaje en los pies.

*Zapatero del Albergue Municipal de Puente la Reina.*

Por otro lado, mientras comía se sentó a mi lado Antonio, y empezamos a hablar. El hombre era de Roma, por lo que solo sabía italiano. Aun así, pudimos conversar durante un rato.

A la hora de dormir en las literas, me tocó cerca de Cristóbal y Miguel, quienes empezaron a contar chistes y decir tonterías, siempre relacionadas con el Camino. No sé como explicar esta situación, porque no es lo mismo vivirla que contarla, pero solo puedo aseguraros que recuerdo estar dentro del saco de dormir sin poder parar de reír.

Fueron pasando las etapas y la lista de personas que iba conociendo aumentaba: Francesca, Valentina, Lupe, Daniela y Dani, Sara, Pablo, Inés y muchas más personas de las que ahora no recuerdo el nombre.

Cada día me sentía más cómoda, me reía más, conocía más historias... La emoción que describe cómo me sentía en ese momento es el entusiasmo, sin duda.

Sentía que el Camino era mi sitio, era donde quería estar, donde iba a crecer personalmente y donde quería seguir hasta llegar a Santiago de Compostela.

Pero, todo se truncó, cuando llegamos a Burgos. En esta ciudad la mayoría de los peregrinos finalizan su Camino, puesto que las etapas posteriores son muy duras y también, porque no tienen más días de vacaciones.

Yo sabía que Miguel y Francesca finalizaban aquí su Camino. Pero mi sorpresa fue oír como Cristóbal no aguantaba más dolores y tenía que retirarse. En ese momento, sentí impotencia y tristeza a partes iguales. Impotencia porque Cristóbal quería continuar hasta Santiago, pero los dolores no se lo permitían y tristeza porque tenía que despedirme de la que había sido mi familia en el Camino, quedándome de nuevo “sola”.

La siguiente etapa la recuerdo como la más dura a nivel físico y emocional. Me repetía una y otra vez que debía de abandonar yo también, puesto que los dolores que tenía en los pies empezaban a ser insoportables y ya había vivido “la esencia del Camino”.

Sin embargo, un cambio de chip me hizo ver que aún me quedaba más de la mitad del Camino y no podía desistir ya que me esperaba lo mejor. Así que saqué fuerzas de donde no las tenía y continué.

En las etapas siguientes, Antonio (el italiano) se convirtió en un pilar fundamental. Él llegaba a los albergues antes que yo, puesto que andaba más rápido. Pero cuando yo llegaba siempre estaba él esperándome, ayudándome con la mochila. Para mí Antonio fue como la “estrella de mi Camino”. Me quería, me cuidaba, me aconsejaba, siempre se preocupaba por mí, me preguntaba a qué albergue iría en la siguiente etapa para ir él también... Recordad, que todo lo que me decía era en italiano, o sea que necesitaba un tiempo para entenderlo.



*Antonio y yo en la última etapa*

También fueron importantes los tres mexicanos con los que dormí la primera noche, y que pude conocer más adelante. Sin duda me descubrieron un mundo totalmente distinto al que yo conocía.

Dentro de esta burbuja, que es el Camino, conocí al hombre que cambió mi vida y mi Camino. No recuerdo su nombre, pero sí su historia.

Estaba descansando en Bercianos del Real (León), un pueblo anterior al que yo tenía previsto llegar ese día. Mientras comía unos frutos secos, llegó un hombre y se sentó en un banco que había cerca. Como me gusta mucho hablar, le pregunté si lo que teníamos detrás era la iglesia del pueblo, a lo que él me respondió que sí.

A continuación, me preguntó si finalizaba en el siguiente pueblo, El Burgo Ranero. Le contesté que sí y me sugirió ir juntos hasta allí. Durante el trayecto le conté mi vida y él así lo hizo con la suya. Hasta que, a mitad de camino, me comentó que él solía hacer este tramo todos los días. Es decir, él iba de El Burgo a Bercianos y volvía, pero lo hacía por la carretera asfaltada que había a la derecha, puesto que era ciego.

En el momento en el que me dijo eso, se me paralizó el corazón, empecé a temblar. No sabía ni qué responder, no lo comprendía, ya que el hombre andaba bastante deprisa y sabía por qué caminos había que ir e incluso me

decía los kilómetros que faltaban para llegar a El Burgo. Es algo difícil de explicar.

Ante mi asombro, le pregunté por qué hacía este recorrido todos los días, a lo que él me contestó: “andar junto a los peregrinos y conocer sus historias me da la vida”. Este hecho, marcó un antes y un después en mi Camino y en mi vida. Pero sin duda, la guinda del pastel fue cuando al llegar a El Burgo, me encuentro a mis dos grandes amigos de la universidad gritándome: “¡Sorpresa!”. Habían hecho más de tres horas de coche, solo para que yo el día de mi cumpleaños no “estuviese sola”. Puedo decir, que fue el día que más lleno he sentido el corazón.

La visita de mis amigos fue una inyección de adrenalina, esperanza, optimismo y seguridad que me ayudó a seguir con más fuerzas que nunca.



*Toni, Noe y yo después de darme la sorpresa*

Continuando y llegando a León conocí a Luis, un chico que también hacía el Camino solo. Hicimos algunas etapas juntos y mientras compartíamos nuestras vidas. Luis fue otra parte importante de mi Camino, puesto que me animó mucho. Me hizo ver la vida desde otra perspectiva. Por supuesto, las risas entre nosotros no faltaban.

La lista de personas que se estaban convirtiendo en puntos de apoyo iba incrementando (Olga, Iván y Jesús, Fátima y Ana, Ángel).

Me dejó atrás muchísimas historias que merecen la pena ser contadas, como la de Manuel, el hospitalero, Pablo, Carmen, el ciclista de Barcelona, la familia 'youtuber' y muchas más.

Santiago de Compostela ya estaba más cerca. La noche anterior de la llegada a la Catedral fantaseaba con cómo sería ese momento: si lloraría o no, si me sentiría satisfecha por todo lo que había hecho, si hubiera cambiado algo... no sé, era un cúmulo de emociones en el que reinaba la incertidumbre.

En la última etapa pensé muchísimo en todo lo que había hecho, lo que había conseguido, los 790 kilómetros y los 31 días que había dejado a mis espaldas, todas las historias que había conocido, las personas con las que me había encontrado, las promesas hechas y...lo orgullosa que estaba de mí.

Todo iba bien, hasta el momento en el que escucho la famosa gaita que se encuentra en la entrada a la Plaza del Obradoiro. En ese momento, rompí a llorar. Los pensamientos eran una mezcla de "por fin he llegado" y "cuánto ha aportado esto a mi vida".

Me senté en el suelo frente a la catedral, sin poder parar de llorar y escuché la voz de Ángel que me decía: "Quédate con lo valiente que has sido. Ahora eres imparable".

Junto a ese momento recuerdo el abrazo que me dio Antonio. Los dos llorando sin poder parar. Diciéndonos el uno al otro que lo habíamos conseguido. Que ya había acabado todo, por desgracia.

Recuerdo como venía gente que no conocía de nada a felicitarme, darme abrazos, decirme frases super especiales, hacerme fotos, darme consejos. No me quedó ninguna duda de que eso era el Camino.



*Sentada frente a la catedral*

Mi objetivo escribiendo este artículo, es animaros a que hagáis cualquier camino. No os quedéis solo con los dolores ni el sufrimiento, que obviamente están, porque os puedo asegurar, que eso es la primera semana. Tras esta, los dolores desaparecen y empezáis a disfrutar de verdad.

Las ampollas sí que pueden fastidiar más, pero tampoco os van a impedir continuar. Yo tuve la suerte de no tener ni una sola ampolla, pero sí he visto pies llenos de sangre y heridas y aún así, continuar caminando.

Hay algunas etapas que son muy duras: como caminar por un campo de trigo sin sombras a 35°C donde no puedes rellenar la botella de agua o estar durante 8 kilómetros subiendo con unas pendientes impresionantes, donde lo único que piensas es que te quieres ir a tu casa ya.

A pesar de todo ello, para mí el Camino son las experiencias y las personas que conoces, andar es lo de menos.

